

EDITORIAL

De chile de mole y de pozole

La presentación de este número de nuestra revista TRAMAS, como el que se tiene (suponemos que en las manos y enfrente), permite el itinerario de flujos y contraflujos de la diversidad de pensamientos que se expresan en las polifonías y matices de la escritura.

El nombre de la publicación invoca una gama de correspondencias y disidencias en la producción de métodos para aproximarse visual, auditiva y táctilmente a la complejidad de la llamada realidad subjetiva, la cual permanentemente nos interpela como sujetos colectivos de un país con características culturales impactadas por la forma de preparar los alimentos, por sus condimentos, olores y sabores que perfilan el gusto del mexicano por la comida típica.

Las metáforas que intentan dibujarse como correspondientes a los artículos que presentamos a continuación se basa en la anterior como un digno exponente del imaginario nacional.

Pasando al chile, como condimento de identidad, no sin dejar de mencionar sus dadas cualidades culinarias, para darle sabor a los giros lingüísticos de sus adeptos. Es también lo picoso de la sensación de ingerirlo lo que conmueve al cuerpo, con la inmanente e inminente realidad de estar vivo. El mole es uno de los miles de resultados

culturales de la conquista, por la extraña y consternante mezcla surreal de sus elementos. Por la híbrida y yuxtapuesta vecindad de sus esencias en un sabor único, indescriptible y especial. El pozole como el plato fuerte imposible de resistir y difícil para la digestión por lo pesado de su fórmula alquímica. es también la convivencia del maíz como *mana* azteca con la carne de cerdo traída por el conquistador, lo que inquieta al comensal al ver todo esto en un solo plato. Lo anterior son objetos dignos que ocupan un lugar simbólico en la tradición popular del México mestizo por tanto *de chile, de mole y de pozole* es también un modismo de la palabra que designa los contrastes de la diversidad que determinan de una u otra manera la constitución de la realidad social contemporánea.

Si la revista en este número logra primordialmente provocar la fantasía del lector, la reflexión o la duda, logra su cometido. Si no, no.

Pero definitivamente los sujetos nos encontramos imposibilitados para impedir el juego propio de lo inesperado del azar que nunca falla, de lo no pensado o de lo inenarrable de los encuentros y desencuentros. Esto puede ser uno de los tantos sentidos o sinsentidos que provocativamente surgen de lo heterogéneo de lo no unificado necesariamente por la imantación de un tema definido como central. Mas bien los trabajos que hoy se imprimen en el papel no sugieren puntos de fuga, trastocamientos e intersticios que vuelan en todas direcciones, al mismo tiempo, desdoblándose en varios escenarios espaciales, sin rumbo fijo. Tal vez, a la manera de una retícula de rizomas que se apropian de significados en la línea de la metodología científica que señala a la *indisciplina*.

Empero, hay una constante que clasifica y aglutina esta permanente desterritorialización de las disciplinas sociales, la que se expresa en la necesidad de pensar en común la diversidad. El proyecto es la resistencia al orden disciplinario que vigila y castiga al discurso, bajo la institución de la epistemología o ciencia del conocimiento. La cual gana rápidamente terreno al irse instalando poco a poco en la subjetividad del escritor, a la manera de una autocensura institucionalizada que le toma el pulso cuando escribe.

Es así que, la interferencia que provoca lo asimétrico, lo no equitativo, lo caótico, no necesariamente carece de una noción rectora, de un orden de procedencia eminentemente social. De tal forma, lo que a nuestros ojos aparece desarticulado o no equilibrado bajo la norma de la razón positiva nos genera un significado inquie-

tante, molesto que invoca una desorganización que aparentemente impide el conocimiento de los límites. Pero este desorden, también se encuentra producido por una razón central (la institución del margen) que aparece como la parte negativa del "nómos" analizado por Emilio Durkheim en su trabajo clásico sobre el Suicidio. O como el fenómeno, que legitima el uso y la detentación de la violencia que ejerce la epistemología del conocimiento como una máquina del control y producción de un cierto orden.

Basta la anterior argumentación, para invitar a la lectura atenta de los artículos que les presentamos a continuación, con el ánimo que dicta el humorismo negro, con el afán de seguir documentando rigurosamente el sistema hermeneúico y los dogmas religiosos que iluminan permanentemente nuestro eclecticismo inconfesable.

¿De cuántos tipos de escrituras estamos hechos?